

Dieciséis

Abandoné París provisto de no pocas viandas para el viaje y con algunas buenas botellas de vino que el príncipe de la Torella, que me había dado alojamiento, tuvo a bien regalarme como prueba de una amistad que jamás en mi vida he olvidado. Todas aquellas provisiones hicieron mucho más agradable el trayecto de lo que en un primer momento presumí. Tampoco nos privamos de parar en las posadas que muchos miembros de la corte originarios de los lugares de paso nos recomendaron y en las que con sólo dar sus nombres fuimos tratados como reyes.

Los franceses son ariscos y fríos en una primera impresión, pero las cartas de recomendación les ablandan la proverbial distancia del primer saludo. Si, además, el que porta dicha carta de recomendación es un artista, la dureza inicial se torna de inmediato en una empalagosa *crème brûlée*. Las posadas francesas son agradables, están provistas de las mejores comodidades y generalmente pueden presumir de buena cocina, excelente en la mayoría de los casos.

Las distracciones del camino no me ayudaban en absoluto a reflexionar sobre mi futuro. Ahora sé que quizá lo iba esquivando. Pese a mis éxitos en París, donde no era fácil que apreciaran los atributos de mi arte, ya que lo ignoraban todo prácticamente sobre el canto *castrato*, yo sabía bien que no contaba ya con las aptitudes físicas necesarias para seguir con el mismo ritmo y el mismo nivel en mi carrera.

Cada vez que me daba por pensar eso en aquellos meses, hacía lo imposible por borrarlo de mi cabeza. No quería darme cuenta, ni pronunciar la palabra que más a menudo dominaba mi mente: decadencia. El buen orden de los caminos, la fascinante arquitectura humilde de los pueblos, la dignidad con la que muchos de ellos convivían con la pobreza y el exceso palpable de los grandes señores, ese gusto por la perfección individual que se apreciaba en la elaboración cuidadosa del pan, el vino y el queso, la ausencia de un calor agobiante, un riesgo que podíamos haber corrido en pleno mes de julio, me ayudaron a distraerme en las primeras etapas del viaje.

Pero cada vez que aquella sensación de bajada vertiginosa acudía a mi mente sabía que no iba a poder sortearla por mucho tiempo. La decadencia aflora dentro y va asociada a los achaques del cuerpo después. Dicen que los *castrati* somos longevos, es de las pocas cosas buenas que algunos predicán sobre nosotros. Pero esa idea de longevidad, en los de nuestra condición, se vuelve también un inconveniente, porque para nuestros detractores el hecho de que duremos muchos años va unido a que también se alargará en el tiempo nuestro carácter

insoportable, nuestros vicios inexcusables, nuestras tretas caprichosas y todos aquellos defectos que muchos estarían dispuestos a extinguir de la faz de la tierra incluso a costa del placer que somos capaces de proporcionar.

Mientras sobrevivamos en este mundo, mejor nos vale pasar más desapercibidos que hasta ahora. Quizá eso es lo que yo pude encontrar en España: un retiro cómodo. Lo conseguiría si era capaz de agudizar virtudes que, confieso, había dejado un tanto aparte en las últimas etapas de mi carrera. A saber: el sentido común y la discreción.

Las experiencias en Inglaterra y Viena, sobre todo, no habían contribuido a agudizar ambas aunque bien es cierto que en aquellos dos lugares aprendí un par de cosas que me fueron de provecho. En Viena, debido a aquella terrible afección que sufrí, me hice consciente de mi propia fragilidad y en Londres comprobé que no siempre uno, por muy divino Farinelli que sea, consigue sus propósitos. De España no esperaba gran cosa y, sin embargo, no ha habido un lugar tan digno de ser considerado mi patria que dicho reino, si exceptuamos Bolonia o el propio territorio de mi infancia en Nápoles.

También confieso que mis primeras impresiones no fueron halagüeñas. Dos semanas habíamos tardado casi en atravesar Francia desde París, de donde partimos el 15 de julio de 1737. Y quedaban unos diez días más de camino desde la frontera en Hendaya hasta La Granja de San Ildefonso, donde debía presentarme, pues allí se alojaba toda la corte.

Había tenido a bien informarme sobre los avatares de un entorno que desconocía completamente, y aun diré

más: sobre el que no había mostrado nunca el menor interés, si exceptuamos los años de mi infancia en Nápoles, donde dominaban los españoles, de los que siempre me había incomodado su carácter más bien rudo y bravucón. Me parecía un reino lejano, inaccesible, tan borracho de su grandeza como oscuro en sus intenciones. Aquella negrura me atrapó nada más pasar la frontera, quizá advirtiéndome de que no encontraría en ese extraño país lo que previamente tuve a bien imaginar.

Leí crónicas viajeras sobre un sol proverbial, me informé de los usos y costumbres, de la comida, de los parajes más bellos, acerca de la dificultad del idioma, de todos aquellos defectos y virtudes de los que debiera estar al tanto, intenté averiguar, más allá de las fascinantes sendas vocales de las obras de Tomás Luis de Victoria, Cabezón y Morales, qué músicas eran dignas de conocerse.

Sin embargo, nadie me había advertido de que pudiera cruzarme en el camino con panoramas como los que a continuación me dispongo a relatar. Me sobrecogió nada más pasar la frontera un olor a brisa de mar brava. Era primera hora de la mañana y una niebla espesa empañaba el aspecto de la campiña verde y de los bosques cercanos. Resultaba una bienvenida inquietante, un saludo turbador.

Los hombres con quienes nos cruzábamos eran fornidos y miraban con desconfianza lo que para ellos debía de ser el excesivo ornamento de mi carruaje. Los vascos del norte de España resultan un pueblo rudo, pero al tiempo amable, simpático y amante de su tierra bellísima y abrupta a un tiempo. Pero la pobreza de sus gentes con-

trasta con la mayor abundancia de bienes —tampoco excesiva— que se aprecia en Francia, de tal manera que no me extrañaría que estos vecinos quisieran algún día emular la prosperidad de los galos, más que la proverbial, y para mí poco fiable por tornarse a veces rencorosa y desconfiada, modestia castellana.

Lo mismo pasará con los catalanes, que tantos quebraderos de cabeza han ocasionado a mi señor el rey Felipe V, no por otra razón, y es un riesgo que también corren aragoneses y navarros. Todos prefieren mirar hacia arriba que hacia abajo, lo mismo que tú, querido lector, disfrutas más de un diamante que de un pedrusco.

Atravesar las Vascongadas me fascinó. Conté casi los mismos curas y frailes que campesinos atravesando los caminos. Cuando dejamos atrás los alrededores de la costa, el olor de la brisa cantábrica se fue transformando en un aroma de leña y boñiga que nos hizo penetrar en una especie de invierno atemporal. Se palpaba la humedad entre las paredes montañosas. Una humedad que emanaba de la cercanía del mar y de la abundancia de ríos, culpables de preservar sus montes verdes, que representan inagotable pasto para un ganado que les mantiene mejor alimentados que a otros pueblos de España.

No es larga en leguas la extensión de las Vascongadas de norte a sur. Pero el tortuoso trazado de sus caminos, estrechos e incómodos, puede convertir su travesía en algo interminable. No hay otro remedio que atravesar montes y pueblos recónditos, donde nadie habla castellano sino un idioma, el vasco, *euskera* llaman ellos, de sonido primitivo al que, sin embargo, le va muy bien

la transformación de sus fonemas en música. De ahí que los vascos sean grandes cantantes, no sobre los escenarios, todavía, pero sí en las labores y descansos de su vida cotidiana, tal y como he podido observar más adelante.

El paso a los pueblos de Castilla me dio idea de los fortísimos contrastes del país que me disponía a acoger como patria adoptiva sin que todavía fuera consciente de ello. Poco a poco fuimos llegando a las faldas de los montes y la verdosa fragancia de los prados se fue tornando amarilla. Resultaba mucho más arisca en ocasiones. La jugosa sensación con la que nos refrescaba la hierba de los montes se transformó en llanuras repletas de plantaciones de trigo y campos arados de patata.

La asombrosa placidez que transmiten las vacas cambió por la inquietante resignación que siempre me han producido los rebaños de ovejas. Las posadas de Castilla son algo que merece la pena pasar por alto. Están desprovistas de las más elementales comodidades. El agua y la comida no son en absoluto recomendables. Apenas conseguimos comer algo diferente a guisos con patatas y cabrito. El vino y las diferentes y sabrosas variedades de quesos de oveja nos salvaron de la amenazante monotonía culinaria del viaje.

Los habitantes de las provincias que atravesamos, desde Burgos a Madrid, resultaban mucho más acordes con lo que me habían contado de España que lo que encontré en Vascongadas. Sin embargo, hay un aspecto que me parece inconfundible e inherente a ambos: la sobrecarga de iglesias y conventos que me fui encontrando en todo el camino y que me dieron buena prueba de algo de lo que había

sido alertado antes de embarcarme en el viaje: que me encontraría un país rayano en el fanatismo, engullido por el oscurantismo de los peores aspectos de la religión.

En aquellos tiempos recuerdo que yo me encontraba muy sensible al poder de la Iglesia. Fue tras mi paso por Francia cuando tuve ocasión de entrar en contacto con la obra de Voltaire, ese pensador al que considero una de las nuevas luces del mundo. También me había seducido la lectura de Michel de Montaigne, de quien me impresionó esa obsesión por dejar patente la huella de su vida en sus fascinantes ensayos. «Yo mismo soy la materia de mis libros», escribió, una frase que me ha animado a dejar patente la autenticidad de cuanto deseo transmitirte, querido lector.

Alentado por la búsqueda de la verdad en estos autores, que en cierta manera cambiaron mi forma de ver el mundo, penetraba en una España que a primera vista me pareció hosca y distante. Sus contrastes me recordaban a los que había visto ya en Italia, pero la insensibilidad hacia el arte, la huida de todo lo que tuviera que ver con el gusto por el embellecimiento, esa dejadez en la conservación de sus templos y monasterios, la alejaban a una distancia de siglos de cualquier ciudad europea.

Lo que más me extrañaba, además, era la presumible falta de interés, un desprecio hacia cualquier signo de progreso, de avance. El culto a Dios les bastaba para pasar de rodillas por este mundo. No había otra manera de permanecer en este valle de lágrimas más que entregados a dicha actitud. La España que yo conocí a mi llegada resultaba lo más parecido al purgatorio que me he encontrado en la vida.

Diecisiete

Los calores castellanos están más pensados para los cuervos y los buitres leonados que constantemente sobrevuelan sus cielos que para nosotros los cantantes. La sequedad del ambiente, muy desagradable a partir de nuestro paso por Burgos, iba haciendo mella en mi ánimo. Jamás me había topado con un ambiente semejante. Si tenías a bien dejar a lavar tus ropas en una posada por la noche, podías contar con ellas por la mañana. Lo malo era la comida. Apenas encontrabas algo de bacalao decente y unos garbanzos, que en la época de verano son poco recomendables porque causan pesadas digestiones que elevan los calores del cuerpo.

Toda aquella desagradable sensación, arisca, que hacía que la garganta pudiera identificarse perfectamente con una roca, el interminable sol de justicia, ayudaban a entender más ese carácter resignado, incluso fatalista, que hacía aumentar el desprecio a la belleza. Menos mal que en La Granja de San Ildefonso se respiraba otro clima. Aquel lugar real, situado a las faldas de la sierra de Guadarrama y Navacerrada, muy cerca de la maravillosa

ciudad de Segovia, me pareció el paraíso ganado después de atravesar ese purgatorio que ya he definido a mi llegada a España.

Las hileras de árboles, castaños, pinos, encinas, robles, enriquecían un paisaje privilegiado que acababa en las montañas de esa sierra que nos proporcionaba un clima ideal en verano. Era el lugar preferido de los reyes, que evitaban cuanto podían las estancias en Madrid y El Escorial y se refugiaban allí desde que ordenaran construir el palacio a principios de los años veinte.

Ese rechazo del rey a lo que fuera el centro de la corte de los Austrias me parecía normal. Su majestad Felipe V había sido el primer miembro de una nueva dinastía, la borbónica, y aquel lugar, donde habían gobernado sus antecesores, desde Felipe II hasta Carlos II, conocido como El Hechizado, le atosigaba hasta hacerle pensar en sus delirios que todos ellos se iban a encargar de no permitirle llevar las riendas en paz. Un incómodo sentimiento de usurpación le trastornaba hasta límites históricos.

Por eso encontró refugio en La Granja, un lugar no demasiado alejado de la corte como para no bajar la guardia en la necesidad de resguardar el frágil asentamiento de su reino y, además, un sitio donde hallar el pertinente retiro que sus nervios necesitaban.

Cuando llegamos a Palacio encontramos un sincero alivio en parte de la corte y una más que razonable frialdad en otros sectores, no muy convencidos de que nuestras artes pudieran obrar milagros en el ánimo de un rey que ya consideraban un caso perdido. Yo tenía verdadera ansiedad por conocer a la reina. Apenas me dieron tiempo

para llegar e instalarme en mis aposentos, una habitación desde la que se vislumbraban las reconfortantes montañas de la sierra y ante la que se difuminaba un tanto la altura de los magníficos árboles que crecían en los jardines.

«En cuanto esté preparado, tengo órdenes de llevaros ante su majestad», me dijo el criado que me dejó en la puerta. Apenas pude mirar por el balcón, apreciar la comodidad de la cama, sentarme en el escritorio. Todo el mobiliario estaba supeditado al gusto francés, como es lógico, no sólo porque era el predominante en toda Europa, sino también porque francés era al fin y al cabo el rey.

Así que no me extrañó que la primera impresión que me causó La Granja fuera la de ser un pequeño Versalles, y bien que me pareció porque yo soy de los que creen que la copia y la emulación es lícita siempre que el referente sea insuperable. Y aunque Francia no haya sido un país con el que yo tuviera buenas relaciones, debo reconocer que debe convertirse en modelo europeo por excelencia.

Me reconfortó el olor de las diferentes variedades de plantas que se resistían en pleno agosto a encarar el declive estival y que perfumaban todo el entorno. El frescor de las fuentes prendidas, cuyos chorros de agua se elevaban hasta 40 metros de altura, también se hacía notar en mitad de la tarde medianamente sofocante. Tan sólo me cambié los ropajes y escogí la más espectacular de mis pelucas para causar la mejor de las impresiones a la reina Isabel, cuya primera toma de contacto no dudé de que me dejaría impresionado.

Había oído tantas leyendas sobre ella que estaba realmente impaciente por conocerla. Admiraba su arrojo,

su fuerte personalidad, que en cierto modo no casaban bien con ese exceso de sensibilidad artística que le hacían confiar plenamente en la música como un remedio eficaz contra los males del alma que sufría su marido. Nada se movía sin su consentimiento en la corte, ella disponía todo cuanto fuera necesario para que el rey pudiera descansar tranquilo lo que le quedara de vida, porque en lo que se refiere a su razón, nadie esperaba ya grandes logros como gobernante.

Ya preparado, al salir de la habitación comprobé que se me había olvidado lo más importante: la gema que la reina había comprado a un joyero londinense por 20.000 doblas de oro y que me habían encargado llevar personalmente. Regresé a la habitación, de la que no me había alejado mucho, y sin mucho barullo conseguí encontrar pronto la caja en la que estaba guardada la piedra preciosa.

Finalmente nos presentaron en una de las habitaciones contiguas a donde se encontraba el rey, que en ese momento dormía y al que se oía de vez en cuando quejarse en sueños. Aunque no de manera violenta, no de esa forma que después le he podido escuchar sufrir como la más desconsolada de las criaturas y que me producía auténtica angustia.

La reina esbozó una sonrisa justa, poco entusiasta, que según escuché después había sido una de las muestras de afecto más impagables que se le habían visto en años. Agradecido debo estar porque no me tratara como a la protegida de la anterior reina, María Luisa Gabriela de Saboya, aquella nefasta princesa de los Ursinos, a quien, nada

más llegar a la corte, expulsó de malas maneras y con viento fresco, sin permitirle llevar equipaje, sin apenas poder despedirse de sus colaboradores, para que no hubiera dudas de quién mandaba. De un portazo y en un solo encuentro en Guadalajara, Isabel descabezó a la única persona en quien confiaba el rey en la corte a la muerte de su primera esposa. Él apenas abogó por ella más allá de lo que la otra hubiera deseado y sin darse cuenta se lanzaba así en brazos de una nueva vida junto a su segunda esposa.

Hice mis reverencias, agaché convenientemente la cabeza, un gesto que me ordenó rápidamente rectificar. «Buenas tardes, señor Farinelli, espero que vuestra habilidad de cura por el canto sea un poco más rápida que vuestro programa de viajes», me dijo. No tardó nada, por lo que ven, en echarme en cara una cierta tardanza que para mí hubiese sido mayor si de mi entera voluntad hubiese dependido.

«Los caminos que traen a esta corte son más tortuosos de lo que esperaba, majestad», respondí. Ella sonrió, sin duda encontró una urgente elegancia en mi respuesta que le agradó. Luego vinieron las preguntas de rigor para cerciorarse de que no me faltara ninguna comodidad: que si los aposentos eran de mi agrado, que pronto conocería a mis asistentes, que me sintiera como en mi casa y que no tardara en pedir todo aquello que necesitara y estimara oportuno. Tras las formalidades, el mensaje fue directo. «¿Cuánto creéis que tardaréis en poder cantar ante el rey?», «¿Qué necesitáis para que todo esté a vuestro gusto?».

«Doce músicos y unos cuantos copistas para que tengan a punto las partituras de estas arias que me agra-

daría cantar delante de su majestad», respondí yo. «Doce, no. Tenéis vos catorce músicos a vuestra disposición a partir de esta misma tarde. ¿Dónde están las partituras?», preguntó. «Son éstas, majestad».

La reina ni siquiera preguntó qué obras eran. Las tomó y se las dio a uno de los criados con la siguiente orden: «Que las copien y que estén listas a primera hora de mañana». «¿Algo más?», me inquirió con otra de aquellas al parecer sobradamente amables sonrisas. Todo había sido tan rápido, tan imprevisible que no habíamos tenido tiempo ninguno de los dos de observarnos detenidamente. Nada más dar la última orden, advertí que ella se detenía en los rasgos de mi rostro y mi indumentaria en los que no había podido fijarse antes. Yo sonreía amablemente, hablábamos en italiano, por supuesto. ¿En qué hacerlo si no con alguien que provenía de la Toscana? Aunque bien podíamos haber utilizado cualquiera de las otras lenguas que los dos dominábamos también, el francés, el alemán, aunque no el español, una lengua en la que yo apenas era capaz de balbucear un saludo entonces. Sí hubiéramos podido comunicarnos en latín, un idioma por el que ambos mostramos un cariño especial.

Yo tampoco había tenido tiempo de concentrarme en su aspecto. Si tengo que utilizar un adjetivo para definirla rápidamente es *fuerte*. Una mujer fuerte, de mirada intensa, directa. Jamás huía el contacto con los ojos y quienes no le aguantaban el duelo no eran dignos de su confianza. Comprendí rápidamente la importancia que ella daba a semejante detalle y desde entonces jamás esquivé una mirada suya.

Tenía unas manos con dedos largos y finos que cruzaba sobre el vientre con una majestuosidad que intimidaba. La ropa no era excesivamente llamativa, humilde para su condición, pero sí elegante en el porte. Una coleta debidamente discreta le caía por el hombro izquierdo y aún mantenía una dentadura casi intacta. No tardó mucho en hacerme saber que deseaba de mí una estancia prolongada y que, si mis dones musicales surtían efecto, algo de lo que se mostraba segura pues confiaba en las terapias que fomentan la música como remedio, haría lo que estuviera en su mano por retenerme.

Yo le conté mis planes y le prometí que si las partituras estaban listas al día siguiente por la mañana, por la tarde nos encontraríamos en disposición de cantar al rey. No mostraba interés en saber qué arias había preparado, pero yo se lo dije: *Pallido il sole* y *Per questo dolce amplesso*, del *Artaserse* de Hasse; *Fortunate passate mie pene*, un minueto de Attilio Ariosti; *Quell'usignolo che innamorato*, el aria de *Merope*, de Giacomelli, donde imito el canto de un ruiseñor, y *Son qual nave ch'agitata*, de mi hermano Riccardo, la pieza que nos ha hecho triunfar como un dúo memorable en todo el mundo.

Le daba igual con tal de que despertara el ánimo de su esposo y no nos iba a permitir más que un solo intento. Si esas arias no resultaban eficaces, deberíamos probar otras. Así hasta que reaccionara. Yo le insinué que si con las que le había dicho no experimentaba un cambio su remedio no valdría de mucho. Jamás olvidaré su mirada asesina ante mi atrevimiento. Entonces comprendí que no me cabía otra salida que obrar el milagro.